

Primera parte

El vertedero

I

El día que se topó con Jaime García Orts no podía imaginar que aquel hombre llevaba dos años y una semana muerto y mucho menos que lo que había sido su vida acabaría sacudiendo la suya. Aquel sábado, como siempre que se calzaba sus zapatillas de montaña, caminaba abstraído rumbo a los senderos del Monte del Pardo cuando pisó un sobre grande y todavía predominantemente blanco, aunque embarrado por las lluvias de un noviembre desapacible. Lo apartó con el bastón, impulsándolo hacia la margen izquierda del camino, al amparo, de nuevo, del vertedero que bajo el puente de la M-40 alguien alimentaba cada fin de semana —lo que siempre le hacía menear la cabeza al pasar a su lado—, y siguió su marcha hacia el reino de los gamos, los jabalíes, las liebres y las palomas torcaces, su huida ritual del bullicio, la gente y las obligaciones. Por aquellas rutas, al igual que en otras donde buscaba mezclarse con la naturaleza, reencontraba algo de la infantil placidez perdida, los sonidos primarios, los paisajes sin manosear.

A su regreso, unas tres horas y media después, al pasar de nuevo frente al vertedero, reparó en el sobre, al que había desterrado por completo de su pensamiento. El bastonazo, efectivamente, lo había depositado junto al resto de desechos, pero el papel se había dado la vuelta, por el ímpetu o el viento, o las dos cosas, y ahora le ofrecía a la vista el emblema de una conocida clínica y una etiqueta con varios datos que miró de refilón y sin detenerse, mientras iba recogiendo los bastones telescópicos que ya no necesitaría en

el asfalto al que estaba a punto de penetrar y que marcaba el fin de su mundo salvaje y la entrada a una civilización con la que cada día estaba más quejumbroso. Aunque casi siempre pensaba que era al revés, que la armonía era justo lo que iba dejando a su espalda. También lo pensó en ese instante, aunque como una centella, otro pensamiento tomó el mando y, sin dejarse llevar por el deseo que le pedía seguir rumbo a casa y a una ducha caliente, se giró y retrocedió vencido por una curiosidad que le pareció malsana.

Antes de agacharse para poder leer la etiqueta del sobre, cayó en la cuenta de que en las inmediaciones había otros muchos papeles y sobres desperdigados, un par de maletas desvencijadas y varias cajas de cartón cuyo contenido había sido esparcido, dando color a un vertedero por lo general grisáceo ocupado por restos de bidés, tazas de váter, cemento y azulejos o baldosas desmochadas, procedentes de reformas urgentes, alevosas y probablemente chapuceras. El sobre había caído al lado de un paquete transparente de galletas redondas, de las que le gustaban a él. Estaba sin abrir, lo mismo que una caja de veinte bolsas de té verde, también con su envoltorio intacto. Pero su mirada buscaba directamente la etiqueta. No quería demorarse. Había algo en lo que hacía que le inquietaba. Le parecía indecoroso. Malsano, sí. Y podría pasar alguien por el camino y verle allí, curioseando entre la basura, como un Diógenes cualquiera. Luchó contra ese sentimiento y, con la punta de acero del bastón, retiró rápida y certeramente —para su asombro— un poco de barro que dificultaba la lectura de la etiqueta. Resultó sencillo porque el barro aún estaba húmedo. Era del Departamento de Radiología. Claro, por eso era tan grande. Presionó el sobre con el bastón y notó un interior duro, consistente. Dentro había una radiografía. Tenía toda la lógica y le indignó pensar en quién era capaz de tirar esas cosas, de desprenderse

de un material que podía ser tóxico y que desde luego no ayudaba al medio ambiente. Y se preguntó si es que las clínicas no tenían la obligación de custodiar esos materiales, de seguir unos protocolos para deshacerse de ellos cuando llegase el momento y, por supuesto, salvaguardar los datos de sus pacientes. Se lo preguntaba, pero sabía de sobra la respuesta, estaba incluso penado legalmente, y le cabreaba, por eso, verlos en el vertedero, cómo era posible tanta desidia, qué pensaría Jaime García Orts —ese era el nombre que acaba de leer— si supiese que la imagen de su tórax y demás historial clínico (lo descubriría después) había ido a parar a aquel lugar, dando por hecho que el vertido era responsabilidad del centro médico, muy prestigioso, por cierto, en esa zona del norte de Madrid.

A continuación del nombre había un número, que entendió que se correspondía con el del historial médico, y debajo una dirección, con la calle, número, piso y código postal. Estaba en su mismo barrio, no demasiado lejos de su casa ni de aquella zona. Pensó en llamar a la junta municipal del distrito, al área de medioambiente y denunciar el vertido, a ver si de paso le metían un buen paquete a la clínica, ya estaba bien de tanta arrogancia. Si haces una reforma, cuídate bien de a quién contratas, se llenó de razón mientras se incorporaba, ahora ya decidido a regresar al asfalto. Y no volvió a reparar en el asunto. Hasta el día siguiente.

Llovió gran parte de la noche y decidió que tampoco ese domingo subiría a la sierra. Le daba pereza y conocía numerosos itinerarios por El Pardo como para pasar la mañana sin repetir la ruta del día anterior. Nada más dejar el asfalto, extendió sus bastones y vislumbró el montículo de escombros. El sobre seguía en el mismo sitio. Sin detenerse, observó que las maletas habían sido removidas y que, además de ropa, había desperdigados libros, revistas, carpetas, numerosas diapositivas y un batiburrillo de

objetos que no quiso pararse a curiosear. Siguió adelante. Pero sabía que lo haría al regreso.

Esa mañana, su caminata estuvo asediada por la curiosidad. No disfrutaba ni con la marcha ni con la contemplación del paisaje, que siempre le reservaba sorpresas. Quería regresar cuanto antes, pero siguió la ruta fijada. A la vuelta, a un centenar de metros del vertedero, comenzó a mirar a su alrededor para cerciorarse de que nadie le observaba. Apretó el paso, aunque le parecía que no avanzaba por el nerviosismo creciente, y fue directo al montón de trastos que se apelotonaban en torno al sobre blanco. Allí estaban varios ejemplares de revistas de montañismo, hojas sueltas de un álbum de fotos, un estuche con discos de vinilo... Volvió a mirar a su alrededor y se sobresaltó al ver a una figura que bajaba dando saltitos muy poco meditados de una loma cercana donde resistían unas pocas chabolas en las que aún se trapicheaba con droga. Cogió el móvil del bolsillo trasero de su pantalón y creyó que estaba tardando una eternidad en encontrar, con la mano que no sujetaba los bastones, el dispositivo de la cámara para hacerle un par de fotos rápidas a aquel montón de restos de un naufragio vital que, no sabía ni cómo ni por qué, había llegado hasta allí, pero que cada vez le desazonaba más. Antes de que la figura —un joven en chándal con cara de viejo— hubiese llegado al camino, él reemprendió atropelladamente la marcha rumbo al asfalto.

El resto del domingo lo pasó obsesionado con el hallazgo. Al llegar a casa miró ansioso las fotos. Una se la ha había disparado directamente a la pernera del pantalón por las prisas. La otra, aunque movida, le mostraba un variopinto repertorio de objetos maltratados. Los ejemplares de las revistas eran de *Alpina* y *Peñalara*, y había varios números. Los de la primera se veían antiguos. Amplió la imagen y llegó a divisar en una el año 1923.

De la década de los 80 eran los que llevaban el nombre del pico mítico de la Sierra de Guadarrama, editada, según leyó, por la Real Sociedad Española de Alpinismo.

Había también varios libros amontonados. Los que mostraban su portada, aun siendo dispares, incidían en el perfil montañoso de quien los había poseído y probablemente leído. Ahí estaban, mojados y con salpicaduras de barro, *Más allá de las altas cumbres*, de Gregorio Pérez Buisán; *Paisajes del Guadarrama*, de Juan Díaz Duque; *Nuestras amigas las plantas*, sin autor; o *En el país de Jesús. Viaje a Tierra Santa*, de Juan María Lumbreras, que de alguna manera también hablaba de cimas, escaladas y gente que se transfiguraba en las montañas, pensó.

La foto había captado también una vieja cantimplora con funda verde. Por lo que pudo desentrañar al ampliar al máximo la imagen, era una Laken. Le faltaba el tapón y parecía un modelo antiguo, de cuando aún no había empezado a trabajar esa marca el aluminio, material del que estaba fabricada la que siempre le acompañaba a él en sus excursiones. Se veía también una carpeta azul celeste con una etiqueta embarrada que parecía contener papeles; un cuadernillo con la ‘Memoria de Actividades del Grupo de Alta Montaña Español (GAME), Sección Castellana’, correspondiente al año 1964. Y justo al lado de donde había ido a parar el sobre blanco con la radiografía, vio ahora algo que le había pasado desapercibido. Era una placa conmemorativa de la Federación Castellana de Montañismo a nombre de María Paz Velasco Quintanilla. “Medalla de Montañismo, en categoría de Plata, por su historial”, tenía grabado en letras doradas. De la fecha solo pudo intuir que había sido en los 80.

Ya no pudo expresar más el contenido de la foto del móvil. Todo apuntaba —incluso el té y las galletas, cuántas veces habían constituido su desayuno en tantas acam-

padas en cumbres asequibles— a personas aficionadas a la montaña. Quizás fuese ella la apasionada por aquella naturaleza indómita. Relegó para después su ducha y buscó inmediatamente el nombre de la mujer en Google. Sólo halló rastro de un lejano litigio con el Estado a cuenta de las jubilaciones de los funcionarios. ¿Y él? Volvió a la foto del móvil, amplió la zona en donde estaba el sobre blanco. La etiqueta, aun con restos de barro, dejaba ver, no sin dificultad, el nombre del paciente, que había olvidado por completo pese a haberlo leído la víspera. Lo iba tecleando y antes de terminar, el buscador le había hecho el trabajo.

Jaime García Orts tenía aquel día de noviembre 852.000 entradas, pero únicamente curioseó en unas cuarenta, de las que apenas una docena le resultó de cierto interés y la primera le dejó helado. “Fallece Jaime García Orts a los 85 años”. Fechada el 20 de noviembre de 2017, la noticia aparecía en la versión digital de la revista *Desnivel*, una publicación para montañeros y senderistas que también editaba libros con rutas, alguno de los cuales había utilizado él en sus caminatas por la sierra madrileña.

“Ayer falleció en Madrid Jaime García Orts (1932-2017), el promotor de varias expediciones que llevaron a los españoles a las grandes montañas del mundo por primera vez. Fue a finales de los sesenta y mediados de los setenta, una época en la que el alpinismo aún era un deporte incipiente en nuestro país. Era sastre de profesión y montañero dedicado y emprendedor: presidió la sección castellana del Grupo de Alta Montaña Español y consiguió sacar adelante las expediciones al Cáucaso (1968), al McKinley (1971) y al Manaslu (1973 y 1975), donde se conquistó la primera cima española en uno de los Catorce Ocho milés.

Lideró proyectos en una época en la que la organización y la mentalidad eran más rígidas que las de hoy: "Los alpinistas viajaban con todo financiado, traje con corbata, vestimenta idéntica y cordadas designadas por el jefe", cuenta Carlos Soria en su biografía. "Un sistema que podría considerarse militar, pero detrás de él estaba una persona tan eficiente, humana y comprensiva como Jaime García Orts".

"Era una de las mejores personas que he conocido. Fue siempre muy generoso y contaba con el respeto de todos", dice de él Jerónimo López, que consiguió hacer cima en el Manaslu bajo su dirección en 1975. "Tenía buena intención, la palabra amable, y no tenía afán de protagonismo personal, se dedicaba con esmero. Limaba asperezas basándose en las opiniones de los demás. No era autoritario y conseguía que todos asumiésemos que las cosas tenían que ser así o así".

Carlos Muñoz-Repiso participó en las cuatro expediciones que sacó adelante y destaca su capacidad de organización: "Hizo un gran trabajo previo, y en aquellos años no era tan fácil. El trabajo de antes era casi más importante que el de la montaña". No olvida su mano izquierda: "Era pacificador, una cualidad que a veces hace falta en la montaña. Tenía un tono que evitaba que hubiese conflictos".

Antonio Riaño nunca estuvo con él en uno de aquellos viajes lejanos, pero está convencido de que era "un gestor fenomenal". "¿Cómo lo sabes?", le preguntamos. Y responde que se lo contaron quienes podían dar fe: "Del Cáucaso

todo el mundo vino súper contento, decían que se llevaba bien con todo el mundo, que no había quien le quisiera mal. Por eso sé que era un chaval muy querido”.

Leyó la noticia varias veces. En un primer barrido de urgencia no encontró nada más completo en Internet. Algunas breves referencias en páginas oficiales de alpinismo y en cuentas de Facebook, que solían copiar directamente el primer párrafo de la noticia recogida por *Desnivel*. Sin más. Le impactó aquel silencio para alguien que había sido un pionero del alpinismo en España. Sus compañeros, además, destacaban su humildad y talante, un líder discreto que fomentaba el trabajo en equipo como forma de anular la tentación del individualismo, tan nefasta en el mundo de la alta montaña. Y en cualquier llanura, pensó él. Un tipo discreto hasta en la muerte. En cualquier otro país, aquel bagaje hubiera bastado para convertirle en un héroe nacional, una gloria que ya habría bautizado con su nombre algún pico patrio, una ruta de escalada, el rocódromo de un polideportivo o al menos una calle sin salida. Aquí, sin embargo, su memoria yacía a la intemperie, a merced del viento y la lluvia en lo más alto de un vertedero.

II

Pasó inquieto los días a la espera del fin de semana. Leyó las otras entradas de interés que había en Google y solo le añadieron un poco más de desasosiego. Encontró sendas reseñas de sus viajes al Himalaya en el *American Alpine Journal* de 1974 y 1976. ¡Por Dios, aquel tipo no era un ruidoso dominguero de los que saturan el hoy Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama! Halló también un solitario pdf del *Abc* del 1 de julio de 1971 que titulaba “Ya está en Alaska la expedición castellana al McKinley. El desnivel que los montañeros han de salvar es de 4.000 metros, con unas temperaturas polares”.

El diario madrileño daba cuenta del anuncio de la Northwest Airlines “del feliz arribo a Anchorage (Canadá) del intrépido grupo de montañeros españoles que proyecta realizar allí la conquista del monte McKinley, el de mayor elevación en este hemisferio entre el polo y el Canal de Panamá”. La información, enviada por télex desde Nueva York y firmada por A. Marín, destacaba que la expedición, “encabezada por Jaime García Orts” y patrocinada por “la Federación Castellana de Montañismo”, tenía previsto permanecer en Alaska un mes. “En medios montañeros norteamericanos —continuaba Marín— la escalada del McKinley se considera hazaña difícil, pues si en el caso del Everest, en el Himalaya, el desnivel que hay que cubrir es de 3.000 metros, en el del pico alaskense es de 4.000 (desde los 2.000 hasta los 6.200). Por ende las condiciones reinantes

en el McKinley son polares, prevaleciendo temperaturas que oscilan entre los 30 y los 40 grados bajo cero”.

Leer estas cosas le agitaba y notaba que iba creciendo su admiración por aquel sastrecillo que indudablemente había sido tan valiente como el del cuento y del que apenas sabía nada más. Bueno, sabía que con menos de 40 años había encabezado la primera acometida española para hacer cima en un pico que triplica en altura al *Peñalara*, al que seguro que había ascendido docenas de veces, o que era casi dos veces el Mulhacén, la montaña más alta de la Península Ibérica. Y que con 43 años había dirigido la mayor gesta montañera nacional hasta la fecha en el Himalaya. Lo suficiente como para indignarle verle tirado entre retretes descascarillados, mamparas de baño rotas, muebles enmohecidos y restos de neumáticos quemados.

En varias ocasiones estuvo tentando de acercarse al vertedero para intentar recuperar algún otro material que pudiese ser de interés antes de que quedase totalmente arruinado por la lluvia y el barro, pero el horario de su trabajo, hasta más tarde del anochecer en invierno, así como un pertinaz aguacero que no dio tregua aquellos días, le hicieron desistir. Pero no conseguía quitárselo de la cabeza. Sentía que tenía que hacer algo para salvar de aquel lugar aunque sólo fuese un soplo de una vida que merecía ser recordada, al menos en parte. Imaginaba poder entregar aquellos restos a alguno de los organismos a los que había pertenecido y a los que había contribuido a meter en la historia mundial del alpinismo, y que si no le dedicaban un museo específico a él, que al menos aquellos objetos pudiesen formar parte de uno consagrado a la historia del montañismo español, si es que no lo había ya. De ahí, pasaba a considerar totalmente absurdo recuperar una vieja cantimplora forrada de fieltro verde para ofrecerla como pieza fundante de un memorial que rescatase

a Jaime García Orts de un revoltijo de desperdicios. Claro que también estaban varias cajas de diapositivas, se replicaba a sí mismo. ¿Y si fuesen las imágenes de las ascensiones? Y sufría pensando que a esas horas podían haberse estropeado ya de manera irremediable.

Por fin llegó el sábado. Se levantó cuando todavía era de noche. Chispeaba. Cogió la mochila grande con la que hacía rutas y vivaqueaba de vez en cuando, su linterna frontal y salió determinado a salvaguardar la dignidad de aquel sastre. Iba pensando en qué habría impulsado a un joven así, probablemente de una familia humilde, a iniciarse en el mundo de la montaña, una disciplina explorada apenas unas décadas antes en España por las élites ilustradas y un puñado de soñadores, cuando se percató de que, nada más dejar el asfalto y cruzar el puente sobre las vías del tren que marcaban su particular tránsito hacia una nueva dimensión, unas luces azules parpadeaban a la altura del vertedero. Era un coche de policía. Qué fastidio. Un control antidroga. En otras ocasiones se había topado con patrullas que intentaban contener los rebrotes de venta de droga en unas chabolas cada vez más cercadas por un urbanismo depredador. Incluso una vez tuvo que hacer que no veía, justo en aquel mismo punto, a un agente motorizado de la policía municipal fumándose un canuto. Control de calidad, pensó con disgusto. Como entonces, agachó la cabeza y saludó, pero ahora el policía que estaba en el asiento del conductor le dio el alto. Le mostró su carné de identidad y justificó el macuto con una mentira que le sorprendió a él mismo mientras buscaba un brillo delator en los ojos del agente. Era para traer a la vuelta de su caminata un par de docenas de huevos y miel que compraba en lo que quedaba de una destartalada venta un poco más arriba, donde el aire se espesaba con olor a leche rancia de

oveja y estiércol y la ciudad parecía haber quedado más atrás de lo que estaba en realidad.

Pasó aquel control de calidad por los pelos —“Mucha mochila me parece”, le dijo el policía, que le hizo abrirla y mostrarle su contenido, vacío salvo una cantimplora— y siguió la ruta pensando que ya no podría rebuscar con la soñada tranquilidad al amparo de la noche entre los objetos de Jaime García Orts. Decidió alargar su marcha para dar tiempo a la patrulla a levantar el control. Estaba decidido a recoger a la vuelta todo lo que pudiese entrar en su mochila. Ya sería pleno día, pensó, arrugándose. Pero su yo menos acomodaticio le sugirió que precisamente aquel día, cualquier hora sería el momento apropiado. Con la policía cerca, pocos se atreverían a asomar la cabeza o el mono.

Cuando volvió, el coche patrulla había desaparecido y ni siquiera los perros del poblado le ladraron, cosa que sucedía con frecuencia. Miró a su alrededor y las chabolas, precariamente encaramadas en la loma, no mostraban actividad alguna. Fue directamente al montículo donde estaba varada la memoria del montañero y enseguida localizó algunas de las cosas que había fotografiado. La prisa acentuó su torpeza, veía decenas de dispositivas esparcidas y le llevó unos segundos interminables darse cuenta de que era preferible optar por recoger tan solo el par de cajitas de ellas que parecían intactas ante sus narices, y ponerse antes los guantes, claro. Cogió también la carpeta azul celeste con la etiqueta embarrada, tres o cuatro hojas del álbum de fotos, dos o tres libros a voleo, algunos ejemplares de revistas, los discos (¿para qué los quería?, se preguntó; para el museo, actual o futuro, de la Federación de Alpinismo o como se llamara, le respondió el yo impulsivo, mientras forcejeaba con la abertura de la mochila para introducirlos), un cuaderno también de tapas azules y una carpeta de gomas del mismo color, igual a la que su padre

tenía para guardar los recibos, allá en el pueblo. Sabía que se dejaba cosas que podrían ser importantes, pero se daba por satisfecho si podía salvar aquellas (qué empeño el suyo en creer que ‘tenía que salvar’, se le escapó al yo temeroso), y sin siquiera echarse la mochila a la espalda, reemprendió a zancadas el camino, pensando en que tendría que buscar un lugar en casa para poner a secar durante varios días todo aquello.